



Buenos Aires, marzo de 2016

Circular Nº 555

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol de Distrito Enrique Minio

Texto bíblico:

***“¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”
(1 Juan 5:5)***

Recordaba que en la ciudad de Mar del Plata junto con el Evangelista de dicho distrito pasamos junto a un faro. Quizás nunca me había detenido a observarlo durante las horas de la noche, pero el faro tiene una particularidad, que es que da un momento de luz y hay un momento de oscuridad. Tengo entendido que de acuerdo al mensaje que se transmite, cada faro tiene su tiempo. Pero todos tienen un tiempo de oscuridad y luego esa luz, que llama a quien está buscando ese punto de referencia, la costa. Nosotros tenemos Servicios Divinos en ayuda para los amados difuntos tres veces en el año. Pareciera que hay un tiempo de oscuridad; y la luz vuelve a encenderse en cada Oficio. Pero el tiempo que hay entre uno y otro Oficio es necesario para el proceso que cada alma debe vivir para poder acercarse al altar de Dios. Y no es un proceso de oscuridad, sino un proceso necesario, donde entonces no se trata solamente de lo que hoy podamos nosotros interceder y de las almas que se acerquen al altar a recibir la gracia de Cristo, sino justamente de todo ese proceso cotidiano que nos toca vivir en nuestra lucha como hijos de Dios y que también a ellos les toca transcurrir.

Cuando el Apóstol Juan escribe esta carta, él dice:

“¿Quién es el que vence al mundo...?”

Cuando se habla de “mundo”, no es una cuestión despectiva. No está orientado hacia las personas; no es que el mundo son las personas y que nosotros no formamos parte del mundo, esto no es así. El “mundo” es el dominio del mal. Y el dominio del mal afecta a todo ser humano. Implica entonces que cada uno de nosotros debe luchar contra él.

¿Qué produce el dominio del mal? Ya sabemos qué ocurrió a partir de que los primeros hombres cayeran en pecado: dolor, envidia, muerte, violencia; nada bueno. Allí donde no puede estar Dios, entonces está el mal. Ya a un científico muy destacado un profesor suyo le remarcaba que no podía entender cómo creía en Dios, porque él le decía que si Dios existiera, el mal no estaría. Entonces ese hombre le dijo: se lo voy a explicar con un concepto físico. Si yo digo que el frío no existe, ¿qué me dirían? Nosotros lo sentimos, más en invierno. Pero en realidad no es frío, es ausencia de calor. Donde no hay calor, aparecen las bajas temperaturas. Donde Dios no puede acercarse, porque el hombre no lo deja, no deja entrar a Dios, entonces hay ausencia de amor de Dios, hay ausencia de claridad y el mal aparece. Pero porque no se le da lugar a Dios. Cuando el hombre entra en pecado, el dominio del mal es el que maneja todas las cosas.

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



Queremos mirarnos interiormente. ¿Quién fue el primero que venció el mal? Porque a veces nos quejamos de todo lo que nos rodea. Decimos: hay violencia, hay maldad, hay guerras, hay envidia, hay odio. Y vivimos quejándonos de esto, constantemente. No sé si recuerdan aquella frase que nos dejó el Apóstol Mayor Richard Fehr: quejarnos menos y agradecer más. Porque esta realidad que nosotros vivimos hoy, más allá del lugar donde nos toque vivirla, existió siempre en la historia de la humanidad. Existía en el tiempo de Jesús. Él tuvo que vivir en medio de estas situaciones. Recordamos por ejemplo cuando Herodes mandó aquella matanza de los niños. Pilato, en el tiempo de Jesús mandó matar a los galileos. Jesús fue llevado a la cruz a través de mentiras, engaños e injusticias. Los primeros cristianos fueron perseguidos. Entonces si comparamos, y si bien las situaciones culturales son diferentes, es exactamente lo mismo hoy. El mal quiere dominar. Pero volvemos a la pregunta: ¿Quién fue el que venció al mal? Cristo mismo. Él fue el que pudo vencer el mal. Fue crucificado sin pecado y entonces el de abajo, creyendo vencer, en realidad fue vencido. Porque Cristo no tenía que morir, pero entonces al hacerlo tuvo la posibilidad de tener la llave de la puerta de la muerte. Era sin pecado, la muerte era solamente para aquel que había tenido pecado y Cristo no lo tuvo. Por lo tanto quedó a través de Él abierta la puerta de la gracia.

Esa es la puerta de gracia. Jesús, que es el que vence el mal, es el que nos ofrece esta gracia. Por eso aquí el Apóstol Juan dice:

“¿Quién es el que vence al mundo...”

Es decir, quién es el que vence al dominio del mal.

“...sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”

Nos dice: si puedes creer en Cristo y seguirle, entonces vas a poder tener dominio sobre el mal.

Antes de resucitar Cristo fue al reino de los difuntos a dar testimonio del Evangelio. Esto quiere decir que no fue excluido absolutamente nadie de esa gracia. Hoy también quiere brindar lo mismo. Porque para aquellos que están en la otra orilla y para nosotros, es exactamente el mismo proceso. No hay diferencia. La única diferencia que tenemos es nuestro cuerpo material. Pero desde el punto de vista de la vida eterna del alma, es exactamente lo mismo. El camino está en Cristo. El camino está en obrar el Evangelio.

En esto nos toca que podamos creer en Cristo. Y uno podría decir: “Sí, sí, yo creo”. Algunos hemos dado la promesa cuando recibimos el don del Espíritu Santo; otros dieron la promesa en el momento de la Confirmación: renunciar al diablo, a todo su obrar y ser, y entregarnos en las manos del Padre en la fe y en la obediencia. Y el voto de la Confirmación dice: “hasta el fin”. O sea que esto es en realidad de cada día. Porque nosotros no hemos recibido un espíritu de temor o de cobardía, como dice el Apóstol Pablo. A veces este temor y esta cobardía nos llenan el corazón y no nos permite caminar en paz por la vida. Sino que hemos recibido un *“espíritu de poder, de amor y de dominio propio”* (comparar con 2 Timoteo 1:7). Tenemos que preguntarnos: ¿Es este espíritu aquel que guía mi vida? ¿O a veces cubre mi vida el temor? Porque resulta que coloco mi fe, mis expectativas, en aquello que no quiero que ocurra pero que tengo temor de que ocurra. Porque, ¿qué es el temor? Es colocar fe en aquello que no quiero que ocurra. Si yo coloco esa fe en mi Padre, entonces no voy a tener temor. Voy a estar en paz. Porque sé quién me lleva en sus brazos, en quién confío.



Hoy entonces el amado Dios nos llama una vez más a poder confiar en Cristo Jesús, que es aquel que vence el mal, aquel que puede darnos todas las cosas. A poder seguirle; pero este seguimiento se manifiesta a través de poder obrar el Evangelio en nuestra vida. Entonces, tú y yo debemos preguntarnos: ¿qué importancia tiene el Evangelio en nuestra vida? ¿Qué importancia tiene en nuestra vida la Obra de Cristo? En un cántico entonamos: “Quiero ser igual que Cristo”. Y sigue diciendo: “Quiero ser humilde y fiel”. ¿Soy humilde ante la palabra de Dios? ¿Quedo en fealdad? Porque si quiero vencer el mal entonces tengo que quedar en este camino. Y no se trata de ser perfectos. El Apóstol Pablo decía:

“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.” (Ro 7:19)

Nos presentamos hoy todos ante Dios como pecadores y buscando de la gracia. La Iglesia no está llena de seres perfectos; la Iglesia está llena de seres que buscan la gracia de Dios. Si tú o yo hemos venido con un sentir de decir: “soy lo mejor que tengo”, “no hay nadie mejor que yo”, “soy nuevoapostólico y soy el ejemplo”, estamos en una posición equivocada. Queremos venir como necesitados, diciendo: Padre, estoy en tus brazos, quiero quedar en el ejemplo, quiero quedar en Cristo mismo, siguiéndole, creciendo cada día. Porque cada día que venimos a la casa de Dios, este proceso de crecer en Cristo es necesario, debe cambiar algo en nuestra vida. Hoy debe cambiar algo. Hoy no sólo venimos a interceder en amor para que aquellas almas que aún no se han acercado a Dios puedan hacerlo y para tener comunión con quienes nos han antecedido, que han partido en fealdad. Hemos venido a que cambie algo en nuestra vida. Si algo no cambia en nuestra vida, podríamos decir: ¿no será que estamos perdiendo una hora de tiempo? El Apóstol Mayor decía cuando ofició en Uruguay: Queremos declarar las obras del Señor en tu vida y en la mía. Y declarar las obras del Señor no significa hablar de todo lo que nosotros hemos hecho por la Obra o todo lo que hemos hecho en nuestra vida. Declarar las obras del Señor significa declarar lo que Cristo hace por ti y por mí. Y quedar grandes en Cristo. Porque le seguimos.

Recuerdo un relato acerca de un padre que fue con su hijo a una zona campestre. Habían ido a disfrutar los “sonidos del silencio”. Así que este hombre paró el vehículo y le preguntó: ¿qué escuchas? El hijo le dijo: El sonido de las hojas, el sonido de los pájaros, del viento... Y así iban recorriendo, disfrutando cada instante. En un momento dado se escuchaba un sonido diferente y el padre le dijo: ¿Qué estás escuchando? “No sé –respondió- No logro determinarlo”. Le explicó que eso, detrás de una curva, era una carretilla que venía. El hijo estaba sorprendido y el padre agregó: Y además está vacía. No trae absolutamente nada. El hijo se sorprendía de que su padre supiera tantas cosas. Cuando se acercó la carretilla, efectivamente estaba vacía. Entonces el hijo le preguntó: ¿cómo sabías? El padre le respondió: porque si hubiera estado llena, no habría hecho ruido.

¿Cómo está nuestro corazón? Si está lleno de las cosas de Dios, no vamos a necesitar hablar de nuestros sufrimientos. Porque el sufrimiento, la tribulación, es parte de nuestra vida. Y entonces dice que vencer el mal sobre la tierra significa vencer las tribulaciones y sufrimientos que nos tocan, siguiendo a Cristo. Entonces queremos examinarnos cómo estamos. Es factible que en un momento dado nos falte la fe. Allí queremos decirle a Dios: “Ayuda mi incredulidad” (comparar con Marcos 9:24). Porque Él es nuestra ayuda. Si no viene de Él la ayuda, ¿de quién va a venir?

Entonces queremos seguir en esta lucha que nos toca cotidianamente intentando crecer, para vencer el mal. No el mal que está a nuestro alrededor. Porque normalmente cuando comenzamos a justificar nuestras actitudes fuera de la voluntad de Dios, explicando, que “reaccioné de esta manera por lo que me dijo”, que “dije esto por lo que me hizo”, o que “grité y perdí el control porque, imagínate esta situación”... Es decir, estamos empezando a



buscar justificación en las acciones del contexto. Y Dios nos dice: No es el camino. El camino es buscar la justificación en Cristo. Él es quien nos justifica. Sé que como ser humano me voy a equivocar, pero lo importante es que cuando me equivoque, diga: Me equivoqué, coloco esto a los pies del altar en transparencia, busco el perdón y dejo que Cristo me justifique. Entonces no va a ser difícil el camino, el yugo va a ser muy fácil, porque busco estar cerca de Cristo y dejar que me permita crecer con Él, hacia Él y en Él.

¿Es diferente en la otra orilla? Así como la lejanía o la cercanía de Dios no está asociada sino sólo al concepto de poder seguir su voluntad: estoy cerca de Dios cuando cumplo su voluntad.

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (1 Jn 5:4)

Y con nuestra fe vamos a obrar su voluntad. *“El que me ama, mi palabra guardará”* (Juan 14:23). Entonces luchando por su voluntad, intentamos estar cerca de Dios. Cuando no podemos obrar su voluntad, pecamos y nos alejamos de Él. A aquella alma que ha partido quizás en lejanía de Dios, hoy quiere darle también a través de Cristo la oportunidad de vencer al mundo, al dominio del mal, y quiere darle el perdón. Cuando un alma puede perdonar y tomar de la gracia, a través de Cristo, puede alcanzar salvación. ¿Cuándo dominaremos el mal, eternamente? El día que Cristo venga. Serán borrados nuestros pecados y tendremos comunión eterna. Pero tenemos que prepararnos para ese día, tiene que estar en nuestro corazón.

* * *